

mi único amor? Ayer, en el teatro, me he dado bien cuenta de que había algo entre usted y yo, y de que era preciso reunirnos y de que sería usted mi amiga. La llamo, la espero, mezclamos nuestras bocas, ¿y ya se habrá acabado esto para siempre? Si usted se marcha, con usted me voy.

Mirabella soltó á la jove...

— ¡ Bueno, pues andando! Me la llevo á usted conmigo.

— ¿ De veras?

— Venga.

— ¿ Con usted sola?

— Sí. Dejaré á mis compañeras. Seremos una de otra, y siempre viviremos solas.

— ¡ Oh qué dicha! ¿ Y, adónde nos vamos?

— Á mi país.

— ¡ No, no! Quedémonos en Trifema.

— No es posible. Mañana darían con usted.

— ¿ Quién?

— Los enviados del Rey.

— Bien se ve que no conoce usted á mi padre. El enviar en busca mía significa para él una grave decisión. Cuando se decida, ya estaremos lejos.

IV

EN QUE PAUSOLE Y SUS CONSEJEROS MANIFIESTAN SUS CONTRASTES.

Dices que he sido estudiante, y cortesano, y guerrero, y que he tenido muchos oficios... cierto : pero jamás se me ha ocurrido querer ser ministro, ó, como tú, hipócrita santurrón.

RONSARD.

Pausole, su paje y su hugonote cabalgaban juntos entre la escolta y los bagajes, montados en tres animales que simbolizaban bastante bien las diferencias de sus caracteres.

El Rey, que había puesto bajo su ligera corona un velo de batista blanca para resguardar su nuca contra los rayos del sol, estaba sentado sobre una silla que semejaba una butaca, pues tenía respaldo orejeras, cojines frescos, brazos mullidos y quitasol. Dos varillas de metal, invisibles á cierta distancia, sostenían á la altura de sus manos el cetro y el globo del mundo; pero el globo contenía una

calabaza llena de porto, y el cetro un abanico.

La mula Macaria, persona indolente, llevaba aquel edificio con aire distraído y resignado, el mismo aire que tomaba



Pausole bajo el peso de las cargas del Estado. Tenía la capa blanca, y el rabo y un mechón de crines en la frente eran de color gris de ratón. Tenía el paso alto, pero lento. Nunca dormía menos de dieciséis horas diarias.

Taxis montaba el negro Kosmón, caballo castrado, sin vicios, sin virtudes, y

tan estúpido como puede serlo un caballo. Kosmón no tenía raza ni forma. No obstante, su amo lo estimaba, pues era muy igual en su paso, despreciaba los olores deshonestos que esparce la cola de las yeguas, y hasta tal punto era obediente que se fuera derecho á un barranco, de habérsele olvidado á su jinete torcer las riendas á tiempo.

Gilillo había escogido en las caballerizas reales una zebra joven de color de fuego, calzada en sus cuatro remos, con el lomo atigrado de negro, y una estrella en la frente. El animal tenía por nombre Himera; era petulante y caprichoso. Su capa se armonizaba con el traje de paje.

— Ved, Señor, dijo Taxis designando á los lanceros, ved qué orden y qué compostura los de esa vanguardia. Hay uniformidad en los jinetes y en los caballos; ni casco ni lanza sobresale. Conozco la vida de esos cuarenta hombres. No son gente de taberna ni aficionados á mujeres. Cada uno de ellos lleva en su maletín la Biblia de Osterwald, edición expurgada. De tal manera los he educado, que si les pidiera me citaran un versículo que les reconfortara en su actual tarea y que se

relacionara con las circunstancias, á coro citarían el mismo pasaje: *Haç que venza á mis contrarios, pero llbrame del hombre violento*, según reza el salmo XVIII.

Gilillo se alzó sobre sus estribos:

— Esa escolta formando cuadro, con sus lanzas al aire resulta estúpida como un rastrillo vuelto al revés en medio de un camino. No es ni poderosa ni marcial. Esos individuos no saben montar; están derechos, sí, pero como un lacayo en un pescante, ó como una cajera en una sala de restaurant. Llevan sus lanzas cual si fueran cirios, y, en vez de riendas, parecen tener una servilleta en las manos. Basta con verlos de espalda para comprender lo que pueden dar de sí: no bien oyeran un tiro echarían á correr como zebras, aunque con menos velocidad, probablemente.

— ¡Desdichados! dijo Pausole. ¡Qué calor debe de darles su casco, y qué pesada debe de ser su pica! ¿Por qué no van en mangas de camisa en días tan calurosos como éste? ¿Tienen siquiera su calabaza llena de ron, y melocotones en su saquito? Resultaría usted imperdonable, Taxis, si se le hubiese a

usted olvidado tan importantes detalles.

Taxis extendió su seca mano:

— Les proporciono el placer de la privación, lo cual es una dicha superior. Saben que hay, en los prados, arroyos con agua cristalina y pura, y, á orillas del camino, merenderos atestados de toda clase de bebidas, mientras ellos tienen la garganta seca y el vientre vacío. Saborean el goce amargo de la sed. Yo que, ¡ay! acabo de apagar la sed que me abrasaba, envidio su dicha, de la que por doble mortificación me privo.

Medio vuelto sobre su silla, el Rey miró á su ministro. Lo examinó detalladamente desde sus zapatos feos y sin brillo hasta su sombrero de fieltro, tan grasiento como cepillado. Observó la levita estrecha, la cinta que condecoraba el ojal, los botones gastados. Notó las uñas cuadradas, las aletas de la nariz pegadas, el pelo largo y aceitoso, los labios verticales.

Y, parando su mula para que orinara, y arrellanándose luego confortablemente, dijo con desenfado:

— Suerte es para usted, Taxis, el que sea usted indispensable, porque es usted un feo pajarraco, pero feito de veras.

La mañana terminaba en deslumbradora luz. La sombra de los añosos plátanos que costean el camino se oscurecía cada vez más. El polvo blanco de la carretera salpicaba el césped de los declives. Ante el paso de las tres caballeras, algunos lagartos huían, á modo de relámpagos verdes.

Más allá de las cunetas, á derecha é izquierda del camino, los Jardines de las Flores Reales ofrecían sus redondeados macizos y sus invernaderos rociados de agua fresca. Allí eran cultivados millares de especies raras y variedades inéditas, creadas por el ingenio de los horticultores. Cada mañana llevaban al harén montones de corolas húmedas, de hojarasca ligera, de palmas. Los jardineros habían apuntado en registros cuajados de tachones los variables caprichos de todas las Reinas, y cada una de ellas recibía, al despertar, en un florerito de cuello largo, su flor predilecta.

Pausole y sus dos consejeros pasaban ante el último invernadero cuando el reloj empotrado en su fachada de mosaico dió los cuatro cuartos, seguidos de doce golpes : mediodía.

En seguida, el paje guió su zebra

junto al caballo de Taxis, y dijo :

— Señor Eunuco Mayor, ya conoce usted el deseo de Su Majestad... Desde este momento me corresponde el mando.

— ¡ Recíbalo usted del Rey! contestó Taxis con aspereza.

— Te lo doy, pequeño, dijo Pausole.

Gilillo saludó, se volvió á su sitio, y gritó á la guardia que acudiera.

Entonces, firme sobre su silla, el paje dijo á los soldados :

— Compañeros, este caballero, que mandaba esta mañana, os ha hecho salir con armas inútiles. Los caminos están seguros, Trifema está en paz, y el Rey es amado de su pueblo; así, pues, nunca tendréis que hundir vuestras picas en el vientre de un bárbaro. Ahora bien, en arte, es menester que cada cosa tenga su destinación. Lo que para nada sirve es necio. Vais á hundir el acerco en la grieta de esa muralla y hacer fuerza hasta que queden separados punta y palo. Ejecutad ese movimiento.

— ¡ Señor! Pero Señor... Suplicó Taxis...

— Quietos, Taxis, me parece muy bien imaginado.

Los cuarenta guardias rompieron sus lanzas.

— Guardad las astas, dijo Gilillo. Y seguidme.

Entraron en los Jardines de las flores.

El paje inspeccionó todos los paseos y acabó por detenerse ante tulipanes gigantes.

— Esto es lo que necesitamos, dijo. Que cada uno de vosotros ate con juncos uno de esos tulipanes en la punta del palo y lo lleve por los caminos con igual respeto que si fuera una bandera.

Después, ofreció al Rey una rosa, á Taxis una araña, y él escogió un yaro.

De nuevo emprendieron todos su marcha por la soleada carretera.

— ¡Admirable! dijo Pausole. Pero esos hombres tenían sed, y me parece que no han bebido.



V

EN QUE MIRABELLA PONE DE MANIFIESTO
SU ALMITA MALICIOSA Y SENTIMENTAL.

Acerca de la Sallé está perpleja la crítica: unos dicen que ha hecho muchos dichosos; otros pretenden que prefiere su sexo; á esto, otros contestan que gusta de ambos sexos...

Canción sobre Mademoiselle Sallé, bailarina de la Ópera.

— Colección de Maurepas.
— 1735.

Decididas á huir aquella misma noche, las dos jóvenes volvieron cada una á su cuarto para los preparativos de su viaje-cito á pie.

El vestido Imperio corrió por el césped, obscuro en aquel momento, subió las gradas que conducían á la planta baja, siguió el terrado de galería, se alzó para pasar por encima del apoyo de una ventana abierta que daba á un salón, y se internó en el palacio entregado al sueño.

El traje de lentejuelas se alejó á lo largo del arroyo, cruzó luego un prado,

y las dos ninfas de mármol desde su pedestal lo vieron apagarse bajo una casa lejana, cual estrellita que se acuesta.

Se acostó en efecto, y muy rudamente, sobre una silla cama. Sobre él echaron los zapatitos de hebillas, las medias blancas, y hasta la camisa. Hecho esto,



Mirabella, alumbrada por una bujía y desnuda como una joven cuando está sola, hundió sus manos en un baúl de ropa exterior, en donde por cierto había más americanas de hombre que cuerpos de faldas.

Tomó una camisa de cuello bajo, de esas que llevan ciertos hijos de mujeres guapas, siendo así que harían mejor en

no tener dieciséis años. Se puso un calzoncillo de rayas, un pantalón azul oscuro, una ancha corbata blanca adornada, un chaleco blanco, una americana corta, y un sombrero de paja de los llamados marineros, de mujer.

Así vestida, con las manos en los bolsillos, consultó su espejo con rápida y alegre ojeada. Una frase metafórica que dijo ella en « caló », significaba que su disfraz la reconciliaba por unos momentos con un sexo cándido y feo que no era del todo el suyo. La frase, traducida en lenguaje corriente, decía : « ¡ Qué guapo resulta un muchacho cuando es una muchacha! »

Porque sería vano el disimularlo : Mirabella no sentía inclinación alguna hacia los señores. La fuerza del macho, el cuello de toro, los bíceps como botellas y los pectorales como tablas... no, no para ella habían creado los dioses su obra maestra. No le gustaba el bigote, ni la barba, ni el azulado de la barbilla recién afeitada. Sin embargo, no por eso dejaba de aceptar un amigo, y hasta un amigo desconocido, cuando con buenos modos la solicitaban. Tenía la reputación de entregarse, fuera de todo espectáculo,

á ejercicios de alta escuela, y en ellos, como en escena, su conciencia de artista la obligaba á fingir una exaltación que no la agitaba en aquel preciso instante. Esos bailecitos particulares en que á tan tierna mímica se entregaba la joven eran otros tantos motivos para que, cada día más, odiara Mirabella á los hombres que de ella exigían tales ejercicios. Se sometía á ellos, la pobre criatura, porque las visitas de los espectadores á las bailarinas son precedidas y seguidas de formalidades invariables á las cuales se achaca gran fuerza de persuasión. Pero su concepto del amor suponía modales más delicados, y su concepción del arte se fundaba en la simetría. Y es el caso que el hombre, tal como hasta entonces lo había ella conocido, se había mostrado, las más de las veces, sentimental como un boliche (así dice Gavarni, y nos parece inmejorable la comparación), y, por otra parte, aunque con sentimiento nuestro, nos vemos obligados á reconocer que una señora y su... opresor, en el momento en que combinan su esfuerzo, forman una pareja desigual.

Estas consideraciones, sostenidas por una viva inclinación natural, habían en-

caminado á la bailarina á satisfacer sus aficiones en un círculo de amigas íntimas. Prudente, comenzó por sus compañeritas, primero de la escuela primaria y luego del cuerpo de baile. Siempre le contestaban « sí », con la voz, con el ademán ó con la mirada, según los pudores particulares. Algunas aceptaban, sin segunda intención, el cultivar así una pasión sólo del alma, pero ninguna sabía resistir al atractivo de un experimento inofensivo y clandestino.

Al cabo de seis meses de semejante disfraz, su reputación era ya considerable, y también la de su teatro. Esparcía invitaciones. Es más, había fijado un día de recepción en que reunía en su casa, en una intimidad muy desnuda, á diez ó doce de sus amigas que juzgaban inútil el disimular sus comunes aficiones. Y tales reuniones resultaron lo bastante escandalosas para tentar á las mujeres honradas.

Se declararon éstas ya por sí mismas, ya por medio de un emisario, ya por carta, ó yendo ellas mismas á entenderse con Mirabella. Ofrecían estimables, sólidos regalos, y pedían sólo dos promesas: la voluptuosidad, á la que lla-

maban vicio, y la mentira, á la que llamaban misterio.

La bailarina, sumamente halagada, se lanzó en las aventuras. Pronto harta de sus antiguas y modestas amiguitas, quienes merecían un trato más afectuoso, saltó de la escena á la sala con alas de mariposa. Innumerables revelaciones la esperaban aún, y ambicionaba ella el conocerlas todas. Las conoció. Saboreó las dichas del adulterio, la estrechez de los coches de punto, el olor de los cuartos de hotel, la hora harto fugaz, el nombre falso y la lista de correos. Hasta le concedió el cielo, quizá como un caritativo aviso, el ser cogida *in fraganti*. Un marido penetró un día en un gabinete particular de hotel, en donde, á pesar de no hallarse en él hombre alguno, ni cama, se declaró suplantado. Mirabella sintió loca alegría, tan grande es la inconsciencia del crimen...

Pero, ya sobran generalidades acerca de ese personaje ambiguo. No llegaremos hasta los detalles, que, por cierto, no serían decentes.

Nos limitamos aquí á explicar por qué Mirabella, estando en escena, había distinguido con infalible ojeada á la blanca

Alina emocionada por el hechizo de su baile; por qué su mirada, de perspicaz, se había vuelto atractiva; por qué no le había sorprendido el recibir, dos horas después, un billetito dándole una cita; y, en fin, cómo ella misma, cayendo en la trampa de una tentación más poderosa que su prudencia, abandonaba á su compañía como el Príncipe Hechicero del baile, para raptar á la hija del Rey.

Mientras tanto, la joven Alina había entrado en su cuarto. Había tomado una varita de colorete, una caja de polvos, un portamonedas que estaba lleno de dinero, y algunos objetitos de tocador: en una palabra, cuanto la camarera de palacio había enumerado ante el Rey Pausole al cumplir el triste deber de entregarle el billetito que la Princesa dejara para él. Lina lo había escrito en dos minutos. No esperaba hacerse perdonar; quería únicamente que nadie estuviera inquieto por su preciosa salud.

Sus sentimientos interiores desaparecían en torno de su dicha como las estrellas ante la luna. Y su dicha era tal, que apenas si la contenía un poco el silencio que la rodeaba.

Si las camareras de palacio no la oyeron saltar, correr, dar palmadas de júbilo y tirar su *Telémaco* dentro del « tub » como señal de emancipación, fué acaso (y apenas si me atrevo á expresar esta hipótesis) porque las culpables guardianas habían abandonado sus habitaciones vecinas para ir en busca de esas dulces lasitudes que tan excelente remedio son contra el insomnio.

En fin, ello es que la blanca Alina huyó con prisa casi ruidosa, envalentada por el misterio que había protegido su primera salida.

Corrió por el bosque hasta el Espejo de las Ninfas, y al pronto no vió allí á nadie.

El agua seguía cayendo y murmurando. El mascarón diabólico y las dos ninfas muy pálidas sobre el fondo oscuro de los árboles eran los únicos habitantes de aquel rincón que de nuevo se había vuelto desierto.

Se fué Lina al templecito, hizo ruido, llamó á media voz.

Lenta y con movimientos que denotaban cansancio, Mirabella salió de la sombra entre las columnas.

Había cambiado por otro su traje lencenado; sintió Lina una corta decepción, pero en seguida reconoció que su amiga resultaba más guapa así, vestida á la moderna, y que por encima del blanco y amplio cuello bajo, sus cabellos, más oscuros, parecían más negros.

No sonreía. Arrojava hondos suspiros. Disfrazada de enamorado de quince años, había tomado frente á su amiga el aire de profunda tristeza que conviene á esa edad viril. Mas no significaba esto que quisiera desempeñar un papel de comedia. El solo peso de su emoción había nublado su frente bajo un tupido mechón de luto. Un sentimiento profundo de la gravedad de las circunstancias y del recuerdo que siempre le quedaría de aquella hora tan juvenil detuvo los latidos de su corazoncito. Se vió más tarde, en la miseria probablemente, vendiendo naranjas en las calles de París, ó lápices en las de Marsella, á la edad en que uno y otro sexo, después de haber sido unánimes en probarle, durante años, que era codiciable, con no menor unanimidad la dejarían morir de hambre. Adivinaba ya que las mujeres resumen en algunos instantes luminosos un inmenso pasado

lleno de sombras, y sabía que, después de pasada su juventud, seguiría viendo hasta sus últimos días, por encima de todos los olvidos, la decoración lunaria y tenebrosa de aquella exaltadora noche.

Entonces, tomó de la mano á la Princesita Alina y la hizo entrar detrás de ella en el círculo de obscuridad que encerraban las cinco columnas griegas.

Revivió algo más tristemente la hora ya muerta para siempre en que con retemblores de placer sintiera que comprometía su libertad.

Como recuerdo de aquel momento, tomó del cojín un lacito de cinta blanca y verde.

Luego, cerca de donde salía el agua de la fuente cogió una hoja olorosa y una flor sin perfume, y juntas las guardó en su pañuelo.

En fin, bajo la bendición de las jóvenes ninfas semejantes y desnudas que extendían dos manos por encima del agua y se unían por medio de las otras dos, Mirabella posó lentamente sobre los ojos de la blanca Alina un beso que le pareció deliciosamente fraternal.

— Así pues, ¿quieres seguirme?

— ¡Sí, sí!

Los labios se oprimieron. Lina cerró los ojos.

Mirabella tersó sus músculos y murmuró:

— ¿Me quieres?

— ¡Oh sí! ¡oh sí!

— Repite... Dilo tú sola... Dime: « Te quiero, Mirabella ».

— Te quiero, Mirabella.

— ¿No tendrás pesar por algo?

— No tengo nada.

— Me seguirás á todas partes?

— No demasiado lejos, si puede ser... Pero iré adonde estés... Eres mi amiga...

Mirabella, con mirada grave, le apretó ambos brazos.

— ¿Sabes lo que es una « amiga »?

No. No importa... Pronto lo sabrás. No me dejes... Júrame que quedarás... ocho días... ocho días enteros con Mirabella...

— ¿Ocho días? ¡Mucho más! ¿Qué estás diciendo?

— Júrame que ocho días. No pido más. Si pasas conmigo ocho días, segura estoy de guardarte ocho años.

— ¿Por qué pareces estar tan triste?

— Bésame y abrázame...

— Toma...

— ¿Has jurado?

— Cuanto quieras.

Mirabella hizo un movimiento de cabeza que expresaba ternura y duda.

Cesó de hablar, alzó una vez más los ojos hacia los cuatro senos blancos y jóvenes que las ninfas de mármol inclinaban, y, por fin, dijo :

— Démonos prisa. ¿Donde está el camino? ¿la puerta?

— La puerta está guardada. Ven por aquí, sé por qué pasaje debe de ser posible salir del parque.

Se alejaron con paso rápido. Mirabella, mucho más alta, enlazaba á su amiga por un poco más arriba de la cintura. Su mano cogió el lindo seno henchido y firme, lo envolvió con las cinco falanges, y con la yema de un dedo lo recorrió hasta dar con el pezón.

— Lina sonrió alzando los ojos.

Salieron del parque entre dos árboles, pero lejos de la carretera. En aquel sitio, el terraplén de tierra seca y dura tenía huellas de pasos. Ya no veía claro Mirabella, pues la luna había desaparecido;

Lina, lentamente, la guió por la mano, y pronto estuvieron en el foso.

¿Adónde ir? No lo sabían.

Siguieron un campo de maíz, luego una huerta.

Ya iba clareando el día.

— Tengo sueño, dijo Lina descansando su mejilla sobre el hombro de su amiga.

¿Qué tarde es! ¿Dónde descansaremos?

¿Hace tantas horas que no he dormido?

Discutieron sin cesar de andar. Había, á orilla del camino, un caserío con una posada; pero, ¿cómo pedir un cuarto antes de que saliera el sol? No tenían coche, ni abrigos, ni siquiera una maleta. Si les hacía ciertas preguntas la posadera, ¿cómo explicar en pocas palabras que á hora tan tardía y tan fresca de la noche no estuviesen acostadas?

— Sigamos por la carretera, dijo Mirabella. Veo allí un bosque de olivos en que podremos dormir á la sombra en espera de las altas horas del día.

Al cabo de una marcha que pareció larga á Lina casi dormida, y que no había durado más de veinticinco minutos, llegaron á la entrada del bosque. Algunos olivos alzaban, en efecto, su

masa plana y oscura frente á los demás árboles, pero detrás de ellos había multitud de pinos rojos y de cipreses unidos por zarzas silvestres y pendientes cubiertas de blanda hierba.

Lina echó sus dos brazos alrededor de Mirabella, le dió, medio durmiendo, un beso en la aleta izquierda de la nariz, y se tendió con los brazos en círculo sin siquiera escoger el mejor sitio. En seguida, el dios del sueño sembró el reposo sobre sus párpados.

VI

EN QUE PAUSOLE Y SUS COMPAÑEROS
CHARLAN DE VARIAS COSAS Y SE PARAN
ANTE UNA PUNTA DE ALFILER.

Βάλλει καὶ μάνοισι τὸν ἀπέλο ἃ Κλειρίστου...
TEÓCRITO, V. 88.

— Me agrada, dijo Pausole radiante, me agrada de veras el ir precedido por cuarenta tulipanes en la carretera de mi capital. Aquella escolta de gente armada era contraria á mis aficiones, y mal inspirado estuvo usted, Taxis, al abusar de

mis distracciones para imponérmela hoy. ¿No se hubiera creído, al descubrirme detrás de aquel aparato guerrero, que iba á pelear contra mi vecino el Presidente de la República Francesa? Me falta todo para ser un jefe belicoso. Nada me dice el exterminio, y entiendo que no se derrame, en mi reino, más sangre que la de las vírgenes, ó la de los pollos.

— Pobres pollitos, dijo Gilillo. Preferiría yo hacer pasar un mal rato á cincuenta vírgenes antes que degollar un pollito blanco. Y eso que los chillidos de las doncellas son mucho más agudos.

— Cierto, dijo Pausole, pero se acostumbra uno á ellos.

Como apretaba de veras el calor, abrió de par en par su cetro y sacó de él un abanico, un abanico japonés.

El pintor oriental había trazado en él, con una exactitud y un realismo que nada olvidaba, una joven desnuda, agachada de frente, con cabellos muy peinados y senos muy puntiagudos, y que con una pantalla plana de papel velaba su hombro izquierdo.

— El privilegio de las cortesanas, prosiguió el Rey, resulta un tanto chocante. Su tipo medio ha venido á ser, en el

arte de casi todos los pueblos, el tipo de la belleza femenina, y así tiene que ser, puesto que ninguna de las demás mujeres se presenta á concurso. Desde hace más de un siglo, no se cita arriba de cuatro ó cinco europeas de buena cuna que se hayan quitado su camisa ante un escultor ó un pintor, permitiéndole revelar á otros las lindas cosas que, sin motivo serio, sin duda, ocultan ellas con dicha camisa. En todas partes, salvo en Trifema, y en el Japón, según cuentan los diarios, una mujer desnuda es una prostituta. Ahora bien, concedo que las cortesanas tengan á veces más genio y más talento que sus pintores, que alcancen á refinamientos de admirable delicadeza, y que en el momento supremo en que siente uno sus efectos, tanta gana tengamos de aplaudirlas como de abrazarlas : pero el caso es que no dejan de ser unas obreras, puesto que su tarea es mecánica, y no hay trabajo manual que no tarde en ser funesto á la armonía del cuerpo. Es más, son obreras siervas, puesto que se atienen á nuestros caprichos; y no hay obediencia que no sea desastrosa para la belleza del espíritu. Su monopolio estético en Europa es pues

el hecho de una usurpación, y me felicito de haber elevado el nivel mental de mis súbditos permitiéndoles recrearse en paz con la belleza de las vírgenes, mientras nuestros vecinos fundan todo su arte sobre el vicio de algunas bribonas.

— Sois un artista, Señor, exclamó Gilillo.

— No, contestó Pausole. Amo la naturaleza tal como los dioses la han hecho, y tanto me gusta verla que no encuentro tiempo para mirarla con los ojos de los demás, como hacen los coleccionistas de cuadros. No tengo nada de artista.

Y miró á su paje, cual si esperara de él una nueva aprobación.

— Amigo, le dijo... pero, vamos á ver. ¿Cómo he de llamarte? Me has dicho que tu nombre podía pronunciarse de varias maneras : á la italiana, á la francesa...; mira, cortemos por lo sano: te llamaré « Gil ».

— Señor, me llamo Gil, declaró el paje. Puesto que á Vuestra Majestad le parece bien, siempre me he llamado Gil; jamás he llevado otro nombre. Gil, Gil á secas. Ó Gil Gil, ó Gil, sin más, como gustéis.

— Gil á secas me gusta más; resulta

más vivo, se parece más á tu aspecto.

— ¿Y Vos, Señor, qué nombre llevaréis?

— ¿Yo?

— Quiero decir... ante la historia...

— Explícate.

— Señor, se da el nombre de Historia á una especie de campesina con vestido rojo é inelegante, sentada en un trono Griego, y coronada de laurel la frente, cual chicuela que ha tenido premios. Tiene senos de parturienta, hombros de mozo de cuerda y la nariz de Palas misma. También se le conoce la curiosa manía de escribir el nombre de los hombres célebres sobre una tabla de bronce sostenida por su rodilla izquierda; es más, á tales particularidades debe el ser llamada Historia (preguntad si no á vuestros artistas), pues la misma campesina inelegante, con las mismas abultadas tetas y la misma nariz acaballada puede ser igualmente la Ciencia, ó la República Argentina, ó la Compañía de Ómnibus; todo depende de los mueblecitos que instale en equilibrio en la extremidad de su muslo. — Pues bien, cuando es uno un gran rey, « comparece ante la Historia » seguida de varios fetos varones que llevan escudos y simbolizan

la Hacienda, ó las Artes y las Letras, como se quiera. Jamás persuadiréis de lo contrario á un grabador de medallas. Para esa solemne sesión, no basta con el nombre del rey : le añaden un apodo famoso que, las más de las veces, suele ser atribuído á la invención popular. ¿Qué apodo deseáis, Señor?

— Lo pensaré, contestó Pausole.

— Cuando habitaba yo París, conocí allí á un gran poeta y dramaturgo que se entretenía en dar epítetos históricos á los presidentes de su país. Había imaginado : Thiers el Breve, Grevy el Ganancioso, Carnot el Justo, Faure el Hermoso; y otros por el estilo...

— San Pausole me bastaría, dijo modestamente el Rey. San Pausole el Areopagita, ó San Pausole de Trifema. Cuando ya no exista, si no está demasiado exhausto el Tesoro, querría yo que mis sucesores hicieran los gastos necesarios para mi canonización. Parece ser que cuesta carito, carito el que lo declaren á uno santo. Resulta más barato el ser conde; pero sospecho yo que debe de haber un descuento para las testas coronadas, y que les ahorran muchas de las lentitudes del expedienteo. Tengo la

dulce esperanza de que la Sagrada Congregación de los Ritos no oponerá demasiados impedimentos á mi entrada en el séptimo cielo. No niego que he seguido varios cultos, y rehusó en absoluto el tratar como á vanos ídolos á las innumerables divinidades cuya quimérica existencia no me ha sido probada. Pero también he seguido el culto católico; hasta he practicado sus virtudes: soy dulce y de corazón humilde. Toda mi vida me he ingeniado en hacer que la gente sea feliz, en pacificar locas querellas, en reunir manos hostiles, en esparcir la paz y el amor. Me parece que semejantes títulos tienen cierto peso, y, aunque poco ó nada ambicioso, creo que resultaría yo un santo cuyo ejemplo merecería ser seguido.

Taxis se estremeció; mas no significaba oposición aquella sacudida de sus nervios, cual podría creerse: no había escuchado las últimas palabras del Rey. Desde hacía un minuto, su mirada estaba embargada por un objetito que brillaba en la carretera. Gritó:

— ¡Señor, un indicio!

Y, apeándose, recogió el objeto doblemente precioso por su naturaleza y su

procedencia. Lo examinó y dijo gravemente:

— He aquí una joyita de oro que es un imperdible. En el lado que oculta el alfiler tiene grabada una *A mayúscula con una corona de acianos*, es decir, la inicial y el distintivo de la Princesa Alina. Observo además que el imperdible está abierto: por consiguiente, ha caído directamente de la prenda que él sujetaba, y no de un estuche. De lo cual deduzco...

— Taxis, es usted fastidioso, interrumpió el bueno de Pausole. No vamos en busca del capitán Grant, ni de otro por el estilo, y no conseguirá usted que olfateemos en el polvo los rastros de esa muchacha, ó que contemos las quebraduras de las ramas, como un cazador de cabelleras. Por mi parte, no he de entregarme á contorsiones de jefe apache en la carretera de mis Estados.

— Sin embargo, importa...

— ¿El saber que mi hija ha pasado por aquí? ¿Qué, no lo sospechaba usted? Conocemos el punto de salida y la primera etapa de su viajecito: claro es que tiene que haber pasado por aquí. Aun cuando hubiese tomado el itinerario más extravagante para ir de palacio á la

posada, no nos impediría eso encontrarla en su escondrijo, si toda vez sigue en él, así como tampoco nos daría indicaciones acerca de la dirección que está siguiendo, de haber continuado su paseo.

El tono que tomó Pausole para dar esta contestación estaba lleno de enseñanzas. Bien claro lo comprendió Gilillo: no le corría prisa al Rey el llegar tan pronto adonde iba. Y, de no tomar á tiempo ciertas precauciones, se le iba á dar un disgusto, terminando con harta premura una excursión cuyo principio le había costado mil esfuerzos.

Gilillo (el lector no ve inconveniente en que le llamemos Gil, Gilillo ó Gilito), Gilillo tuvo una inspiración: era preciso alejar á Taxis.

— Usted dispense, dijo seriamente: dice usted que el imperdible ha caído abierto... ¿Hacia qué lado miraba la punta?

No insistió. Taxis tenía á orgullo el ser único en descubrir las consecuencias de semejante pregunta, lo cual hizo que le parecieran más graves.

— ¡Un instante! gruñó. De eso iba yo á hablar. Constituye un punto capital que voy á establecer.

Pausole miró á Gilillo, pero éste no pestañeó.

De rodillas en el suelo, buscó Taxis el sitio preciso en que había recogido el alfiler.

— ¡Ya di con él! exclamó. La huella se ve muy bien. La rama terminada por el cierre es perpendicular al eje del camino; pero la punta se abre en la dirección de palacio, opuesta á la de la posada.

Se levantó, y con ceño adusto declaró:

— Esto determina conclusiones inesperadas. El alfiler de oro que se halla en mi mano es de esos que, según creo, acostumbra las mujeres á fijar en lo alto de la parte baja (si así puedo expresarme) de su espalda. Tiene por misión cerrar la abertura impúdica de la falda y de sujetar en la cintura una prenda que no debe caerse. Se planta siempre (tal supongo, pues es lógico) con la punta hacia dentro. Por consiguiente, si semejante alfiler se desprende lentamente y acaba por deslizarse hasta el suelo, como no es probable que haga piruetas, sino que obedezca á la ley de la gravedad; como, al contrario, es de presumir que caiga sin volverse, su punta indica, dé

manera verosímil, en el suelo, la dirección seguida por la dama que ha perdido la joya. Ahora bien, en el caso presente, la punta está vuelta hacia palacio; así, pues, la Princesa Alina ha debido de volver sobre sus pasos al salir de la fonda del Gallo, y actualmente se dirige en sentido justamente opuesto al que nosotros seguimos.

Alzó dos dedos y prosiguió :

— Pero... eso no es seguro.

— ¡Y tan seguro! protestó Gil. Está usted en lo cierto.

— Me inclino á creerlo; no obstante, una presunción no es una prueba. Y como estamos muy cerca de la posada del Gallo (es la sexta casa á la derecha en el caserío que desde aquí se ve), lo más sencillo es comenzar ahí nuestras investigaciones, y decidir luego en qué sentido hemos de caminar.

— Nada de eso, dijo Gilillo. Es preciso acudir á lo que más prisa corre. Vamos á separarnos aquí mismo. El Rey y yo haremos averiguaciones en el interior de la aldea. Usted, Señor, tenga á bien volver grupa y sondear caminos y bosques, husmeando el viento, escrutando el horizonte, registrando la arena; eso es cuenta

de usted. Recuerde únicamente que el Rey come á las ocho. Esté usted de regreso á las ocho menos cuarto, Señor Eunuco Mayor.

— Sólo á mi soberano cumple darme órdenes.

— ¿Qué soy yo, dijo humildemente el



paje, sino su voluntad, señor Taxis?

Él es quien le habla á usted por mi boca.

— No he de tomar cartas en el asunto, dijo Pausole. Apruebo en principio. Márchese, Taxis, puesto que tal es el parecer de mi consejero diurno. Fácil le será á

usted expresar su parecer cuando hayan dado las doce de la noche. De aquí á entonces, huelga toda discusión. El sistema no tiene más fin que el de evitar todo roce. Pruébeme usted que ha sido bien concebido.

Echó Taxis una furibunda mirada sobre la zebra y su jinete. Cogió luego con mano temblona las riendas del casto Kosmón, condujo al animal hasta un poyo, y se puso en silla.

Ya trotaba hacia el Jardín de las Flores, cuando Pausole, pidiendo á la buena de Macaria que tuviese á bien el echar á andar de nuevo, preguntó melancólicamente :

— ¿ De módo que, pequeño, ésta es la posada?

Era preciso entrar de lleno en acontecimientos trágicos, tratar de despejar incógnitas; saber lo que, en el fondo, quería él ignorar; conducir investigaciones escandalosas, y, al cabo de todo esto, verse frente á frente con una decisión necesaria. Su voz manifestaba verdadero disgusto al acercarse al umbral fatal. Con una palabra ahuyentó Gilillo tan penosa perspectiva.

— ¿ La posada? dijo. Está algo más

lejos. La primera casa de la aldea es una casa de labranza, y, si gustáis, Señor, podemos entrar á beber leche antes de comenzar nuestras indagaciones.

— ¡ Que me place tan simpática idea! exclamó el Rey. ¡ Entremos! Estamos aguantando un sol de Sicilia; me sienten aficiones pastoriles, y estoy resoplando como un toro. ¡ Vamos á ver las lanudas ovejas, los hermosos ojos de las vacas! los corderos cuya lana es suave como el sueño, cual dice el Siciliano. Vamos á ver el cabrero pastando á sus barbudas cabras...

— ¡ Y á Klearista que le tira manzanas!

— ¡ Y á Klearista que le tira manzanas! repitió Pausole con júbilo.

